

Acad - II

Esp - 119

LA METÁFORA Y EL SÍMIL EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

---

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE GIMENO

EL DIA 5 DE JUNIO DE 1927

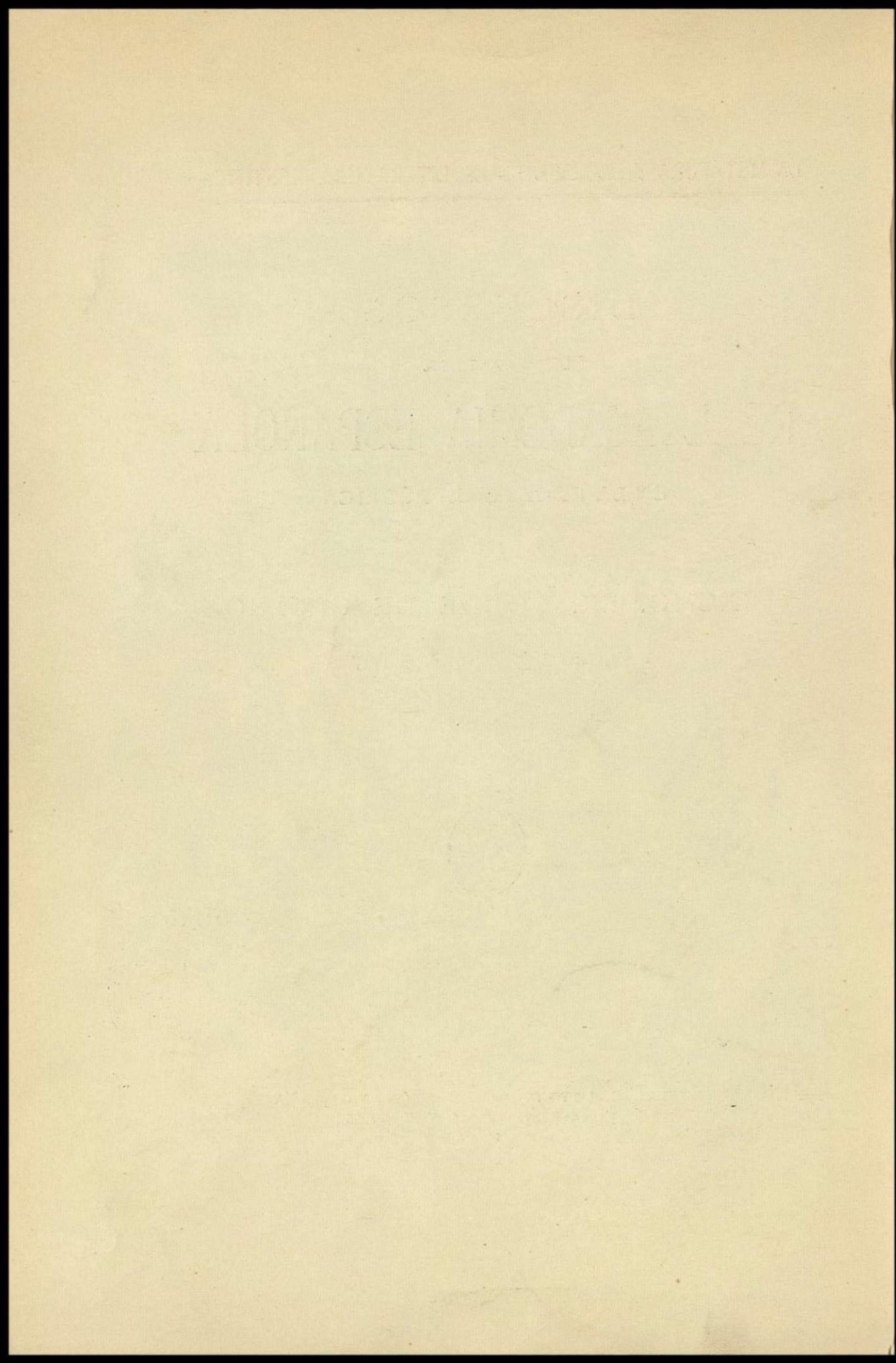


MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO HUELVES Y COMPAÑÍA

Calle de Hilarión Eslava, 5.—Teléfono 31975

1927



R 40759

Ac. Esp. II-119

LA METÁFORA Y EL SÍMIL EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

---

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE GIMENO

EL DÍA 5 DE JUNIO DE 1927



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO HUELVES Y COMPAÑÍA

Calle de Hilarión Eslava, 5.—Teléfono 31975

1927

LA BIBLIOTECA Y EL ARCHIVO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA

DE LA BIBLIOTECA

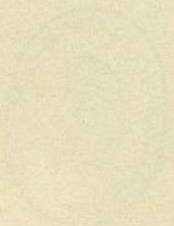
DE LA ACADEMIA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DE CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA

DE LA BIBLIOTECA Y ARCHIVO DE LA ACADEMIA

DE CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA



DISCURSO  
DEL  
EXCMO. SR. CONDE DE GIMENO

11511211

11511211

## SEÑORES ACADÉMICOS:

Alguna vez el atrevimiento halla disculpa en la bondad de los que lo toleran, si se ha tenido el cuidado de hacerle acompañar por la buena intención. De ésta no quiero que me creáis tacaño: deseo que ella me sirva para que no os olvidéis de la indulgencia que necesito: pero, aun esperándola confiadamente, entro aquí con ánimo encogido a ocupar el mismo sitio que fué de tres varones ilustres: Angel de Saavedra, duque de Rivas, Cánovas del Castillo y Daniel de Cortázar. Por atrevidos que fueran mis sueños de niño y quiméricas mis ilusiones de joven, nunca pude pensar en que la suerte me reservara tal honor. Bien hace la divina voluntad en ocultarnos el porvenir: de otro modo la vida sería aun más atormentada de lo que es, pues si supiéramos de antemano lo que había de sucedernos, el desconsuelo causado por la desgracia que viéramos venir fatalmente sobre nosotros nos la haría insoportable; o la loca impaciencia por la dicha que hubiéramos de esperar, como segura, la convertiría en imposible. Figuraos lo que hubiera sido antaño de mí con la soberbia presunción o la turbadora embriaguez producidas por una vista que alcanzara más allá de medio siglo, y me representara entonces esta escena de ahora de cuya realidad, aun estando dentro de ella, no acierto a darme cuenta.

¿Cómo era posible creer que llegara un día en que ostentara en mi pecho la medalla de aquel Duque de Rivas, autor ilustre del *Moro expósito* y de la *Fuerza del sino*, cuya lectura me embelesaba en la pubertad cuando el ocio concedía algún rato a la atención?

¿o adivinar que había yo de llenar el mismo hueco que dejara aquel Cánovas del Castillo, del cual admiraba la serena oratoria en mis tiempos de diputado novel, y más tarde su trato de gran señor, rico en cultura y pródigo en cortesía? La presencia aquí de sus sombras, que yo tendré siempre como indudable, me turbaría constantemente el espíritu, si no procurara refugiarme en mi propia pequeñez a fin de pasar casi inadvertido.

Tampoco pude soñar, que, al entrar en esta noble y antigua Academia, hubiera de sustituir a mi amigo Daniel de Cortázar. Era mi antecesor uno de los que con más empeño deseaban mi admisión en ella. ¡Cuán lejos estaba él de pensar en que se vería obligado por la muerte a cederme el puesto!

\* \* \*

Significábase Cortázar como un hombre de valer positivo y por lo tanto indiscutible. Maestro en ciencias y también docto en letras, poseía un talento de múltiples facetas, capaz de orientarse buscando distintas direcciones. En los días que corren hace esto apreciable al que no se resigna a confinarse en el coto cerrado de una especialidad y no comete la torpeza de soltar los cables que deben unirle a la general cultura. Pudo llamarse a Cortázar matemático doctísimo, geólogo notable, ingeniero distinguido y hablante consumado. Un buen ramillete de cualidades para ofrecer a la suerte, que lo aceptó, pagándole generosamente. Claro está que él fué a buscarla donde creyó que podía dar con ella, y rara vez perdió su pista. No se equivocó al tenerla por ave pasajera que no se mete por la ventana abierta sin que la llamen, sino que gusta de cansar al que corre tras ella y al fin la caza.

De matemático había heredado Cortázar la sangre. Su padre lo había sido eminente. El primer libro de álgebra que me cayó por necesidad en las manos llevaba en la portada su nombre. Fué mi obra de texto cuando mi cerebro juvenil era un tanto refractario a números y a signos. Conozco ahora las matemáticas que me bas-

tan para ser un modesto biólogo: a las otras, a las superiores, a las que dominan desde alturas, para mí inaccesibles donde el cálculo flota lejos, muy lejos, del común razonar, las he tenido como un saber hermético y por lo tanto impenetrable. Y los grandes matemáticos, a los que llamaba Enrique Poincaré los alpinistas de la ciencia, han sido para mí como hombres de otra raza, capaces de manejar fórmulas abracadabrantas y dueños de un lenguaje simbólico, especie de esperanto nobilísimo pero difícil, claro tan sólo para sabios de los que no abundan mucho en el mundo. Eso hacía me tener por Cortázar cierta consideración justificada.

Ejercía sobre mí, otro estudio científico al que mi ilustre amigo había dedicado gran parte de su vida, un encanto singular que daba interés a mis coloquios con él. Era el de la geología que me ha inspirado en todo tiempo gran apetito de saber. Leer en la corteza terrestre la edad del globo para escribir luego su historia, una historia en la que no ha hecho papel el hombre ni intervenido con sus mentiras y sus vanidades, es de un atractivo al que es difícil sustraerse.

Los geólogos, como lo era Cortázar, interrogan constantemente a la esfinge que nos sostiene y alimenta: la recorren en todos sentidos; rompen y desmenuzan las piedras para someterlas a análisis; desentieran plantas que vivieron antes de los diluvios: sacan a luz esqueletos de animales gigantescos que la naturaleza creó para probar, sin duda, lo hábil que fué en hacer moldes monstruosos que luego rompió, por fortuna, a fin de no volver a usarlos, arrepentida quizás de haberlos ensayado: descifran los jeroglíficos de las rocas donde millares de siglos antes, la vida entonces presente en ellas, dejó con sus fósiles la fe auténtica de su antigüedad; y explican cómo se erizaron las montañas por presiones tangenciales inverosímiles y se doblaron unos sobre otros los pliegues de los Alpes cual masas pastosas y maleables empujadas por energías que desafían al pensamiento humano.

Cortázar era asimismo ingeniero. El Ingeniero es el hombre explotador de las riquezas naturales: cultivador del suelo; modificador de la tierra y de las costas; rector del viento y de las aguas;

émulo de la naturaleza para fabricar cuerpos nuevos; artífice de todo lo que hace la vida fácil, agradable y cómoda: en una palabra, domador de la materia y señor de las fuerzas del mundo, cuando puede obligarlas a servirle. A ese ilustre grupo de hombres de selección pertenecía Cortázar. Fué ingeniero de los de minas, de los que escarban la tierra y la destripan, hurgando sus entrañas y yendo a buscar en ellas los metales que guardan los enanos nibelungos de la leyenda.

También nuestro amigo fué uno de los vuestros y, como tal, discreto y celoso vigilante del idioma, cada vez más necesitado de escardadores cuidadosos que lo mantengan limpio y de expertos bruñidores que lo acicalen. Vosotros ya lo sabéis. De su obra útil rebosa el Diccionario: en todo lo que escribió se echa de ver su amor a la pureza del castellano que aprendió a tener en alta estima. Habíase consagrado a la defensa de nuestro léxico, aborrecía los barbarismos, condenaba los neologismos injustificables y luchaba contra los que, ignorantes o negligentes, dejan abiertos los caños por los que se vierten las impurezas extrañas que infectan el idioma. En esta tarea laudable no se cansó nunca: lejos de eso aprovechó todas las ocasiones para ser el paladín decidido de nuestra gramática, que fuera más respetada si siempre fuera tan bien defendida. Añadid a esto que Cortázar andaba por el mundo ahito de cultura. Era de los hombres de ciencia que creen, contra el sentir de mucha gente, que les es necesario el estudio de las humanidades. Conocía varios idiomas y cultivaba nuestros clásicos. A él no le estorbaba ver un pedrusco de geólogo sobre un tomo del Quijote.

¡Del hombre...! ¿Habría que deciros de él algo que no sepáis? Cortázar poseía una personalidad, que no es poco poseer, en estos tiempos en que tantos parecen vaciados en un molde común. Sabía salir del fondo vulgar, destacarse y adquirir relieve, por las singularidades de su carácter a pocos parecido y por las dotes intelectuales que a nadie había pedido ciertamente prestadas.

Era en ocasiones fino y en otras brusco al zaherir, pero, cuando quería, manejaba la gracia con donaire; mezcla de ajeno y miel

nada parecida a la ambrosía. En cambio, no necesitaba que le enseñaran el camino por donde se va a la amistad. La desconfianza razonada le hacía andar con cautela en el trato, mas cuando encontraba el terreno firme se entregaba, cosa poco frecuente en él, y llamaba a la constancia para sostener su afecto. En suma, era hombre original; a veces sincero, a veces receloso: sabio y familiar al mismo tiempo: irónico y jovial: presto a la censura por descontentadizo, pero abierto en todo caso a la demanda de un consejo. Tenía inteligencia sólida, nada débil voluntad y, sin embargo, insegura aguja marcadora del norte en el cuadrante de sus genialidades. Alguna vez tuvo en sí mismo un enemigo: ¿quién no lo tiene dentro?: el afán de ser humorista. El humorismo hay que administrarlo a gotas como algunos amargos con los que se pretende abrir el apetito. Cortázar entendía el arte de manejarlo bien, pero solía, al parecer, olvidarlo. Sus otras grandes cualidades demostraban muy pronto que su bondad natural se disfrazaba frecuentemente de malicia: exceso de amor propio en que sin querer se cae, sobre todo cuando, pesando mucho la vida por ser muy larga, se enturbia y agría el humor.

Bueno es recordarlo todo ahora, porque la majestad de la muerte impone fría y bien ponderada justicia. Al ilustre muerto va mi recuerdo afectuoso y sentido. Cumpló con un deber, que, por más que sea doloroso, tiene algo de agradable, aunque esto pueda parecer mentira. De concisión lapidaria es lo que dijo Ovidio en sus *Tristes* “—*Est quaedam flere voluptas.*—” Alguna vez encuentra uno gusto en llorar.

En sus últimos tiempos iba sumergiéndose Cortázar en la sombra. Se le veía declinar con los años y el rigor de sus achaques. Paso a paso iban desprendiéndose de él todas las características de su actividad. Unicamente le quedaban el llamear del cerebro y, entero y firme aún, el ástil con que empuñaba la voluntad. Le acompañé una noche cruda de este invierno último al salir con él de la Academia de Ciencias y le dejé en su casa, como llegó Quevedo un día frío del noviembre de 1644 a la Torre de Juan Abad: “con

más señas de difunto que de vivo, doliéndole el hablar y pesándole la sombra”. Ya no volví a verle más.

\* \* \*

Hora es ya de que os diga cuál va a ser el objeto de mi discurso. En la persecución del tema no anduve perezoso, pero ignoro si he sido luego medianamente afortunado al comentarlo. Por muy lejos a que hayan querido llegar mis fuerzas no creo que hayan alcanzado a mi deseo de satisfaceros.

Pensando, pensando, en lo que podía ser digno de vuestra atención, más de una vez vacilé perplejo y estuve a punto, temeroso, de desandar el camino. La materia elegida se encierra toda en unas reflexiones sobre LA METÁFORA Y EL SÍMIL EN LA LITERATURA CIENTÍFICA: y siempre que intenté acometer la tarea hube de tropezar con la definición que vuestro Diccionario hace de la literatura, la cual es, según él, un “género de producciones del entendimiento humano que tienen por fin próximo o remoto expresar lo bello por medio de la palabra”. Hasta aquí no hallaba obstáculo para mi propósito, pues de ese modo también puede expresarse lo bello en los escritos científicos; pero es lo cierto, que los renglones que siguen me cerraban por completo el paso al decir que: “Considéranse comprendidas en este género la gramática, la retórica, la poesía de todas clases, la novela, la elocuencia y la historia”.

Sin pasar adelante, púseme entonces a reflexionar, preguntándome si es que yo había estado en un error durante mi vida, ya larga, al entender que eran obras literarias entre otras muchas, por ejemplo, la magnífica *Historia natural* de Buffon, maestro en estilo, o las hermosas páginas de las *Teorías modernas de la física* que sacó a luz el genio de Echegaray. Al fin, forcejeando para atravesar el muro, acerté a encontrar una rendija por la que pude deslizarme, pues el Diccionario añade que la literatura es también “suma de conocimientos adquiridos con el estudio de las producciones de esta naturaleza, y, en sentido más lato, instrucción gene-

ral en éste y cualesquiera otros de los distintos ramos del humano saber”. Después de la última frase mi espíritu aventó las dudas. Resultaba de ella que hay también una literatura científica; y que literato puede llamarse el que la cultiva, con título igual al que ostentan el filólogo pacienzudo y prolijo, el lingüista erudito, el bibliófilo escudriñador, el poeta inspirado, el novelista hábil, el dramaturgo insigne, el orador elocuente y el historiador profundo, hasta el periodista incansable y el crítico experto. Bien pueden, pues colocarse entre los literatos, los Huarte de otros tiempos y los Cajal de nuestros días.

Hay, sí, una literatura científica fecundada por los hombres que hacen del estudio de la naturaleza un culto: hay una literatura científica, frondosa, desbordante, de espléndida floración, que fatiga a las prensas, rellena las bibliotecas y se vierte a diario en la cultura del mundo. Literatura que no desprecia a las humanidades sino que de ellas recibe el jugo; que sabe adornarse con atavíos retóricos, y que por eso es atractiva, como es cautivadora por las ideas del fondo. La altiva Pallas Atenea de la Acrópolis no se sabe que anduviera nunca a lanzazos con Apolo: entre las nueve musas estaba Urania.

Partir en dos campos el terreno en donde por medio de la palabra escrita se dan a conocer las manifestaciones del pensamiento humano sería un desatino. Pretender que las ciencias se distinguen de las llamadas letras, porque éstas son servidoras de la estética y aquellas parecen ir siempre en pos de las necesidades humanas a fin de satisfacerlas, equivale a afirmar que las ciencias son las únicas indispensables para la vida, mientras la literatura sólo es un pasatiempo; cosa absurda, que si un día pudo defenderse nadie se aventuraría ahora a sostener. Un mundo inmenso es el de la literatura. Ésta puede encontrarse allá donde haya un hombre que piense, hable y escriba.

Sentado esto, se impone ahora que yo lo aclare, antes de que en el pensamiento de algún docto de los que me escuchan nazcan objeciones. Así como la bella literatura tiene múltiples fases, también la literatura científica se puede presentar bajo diferentes aspectos. Existe la pedagógica o didáctica; la que desarrolla la hipótesis y expone verdades. Sus libros son, no como la tabla de la ley, sino como las tablas de las leyes que regulan el mundo material sensible. Su contenido es rígido y su estilo tiene la obligación de ser severo, claro y conciso; por lo menos reñido con la retórica de artificio pirotécnico. Enseña sólo a unos pocos y escoge el camino menos largo para llegar al entendimiento. Es la literatura científica del maestro; la que necesita el discípulo que aprende, y la que consulta el hombre maduro, profundamente pensador. Esta literatura trata con empeño de cerrarse a piedra y lodo para las imágenes, y no siempre puede. Es difícil que penetren en ella las figuras de pensamiento: apenas si se filtran inadvertidas por sus párrafos la metonimia y la sinécdoque, pero es porque éstas son tan necesarias al lenguaje que sin ellas apenas se podría hablar ni escribir idioma alguno. Tomar el todo por la parte y decir: “las lanzas del Gran Capitán arrojaron de Italia a los franceses” en vez de decir su “ejército”, figura que pertenece al tesoro de la sinécdoque: o usar el continente por el contenido, que es una de las galas de la metonimia, eso, a diario se hace, sin que apenas nadie ponga mientes en ello. Y no sólo sirven estas figuras vulgares y otras análogas para hacer fácil la locución por todos admitida y comprendida, sino que también en boca de las personas cultas convierten en elegante el giro, en noble la dicción y en atrayente el símbolo. En cuanto a otras de superior delicadeza, como la metáfora y el símil, a pesar de la impenetrabilidad del escrito científico didáctico, asoman a él a veces sin que el autor se dé cuenta, como aparecen en un campo de trigo las amapolas contra la intención del sembrador.

¿Se quiere de esto ejemplos? A montones pudieran ofrecerse. De las obras científicas más severas en entonación y en estilo salen a lo mejor metáforas o símiles inesperados. Depende ello de que el que escribe reciba con oportunidad manifiesta fulguraciones del in-

genio. Generalmente son los hombres de ciencia, a quienes nutrieron las humanidades, los que aciertan a dorar la frase en las pocas veces en que el oro y el color sientan bien a su estilo.

Dejemos a la pluma de Cajal paso franco. Cajal es de esta casa, aunque hayamos de lamentar su ausencia a la que le obligan los achaques y la edad. Cajal, en medio de la exposición más árida, en párrafos donde las palabras andan guiadas por lógica inflexible que al parecer no debiera permitir distracciones al pensamiento ni coqueteos a la retórica, deja que surjan la metáfora o el símil para que lleguen luminosos al entendimiento más que la frase llana y sencilla. Nuestro gran histólogo en un folleto antiguo (y tomo al azar uno de sus escritos), titulado *Consideraciones generales sobre la morfología de la célula nerviosa*, célula, ésta, importante y noble del organismo, que mereció siempre de nuestro ilustre sabio predilección y amor, dice lo siguiente a propósito de lo que cuesta en cerebros educados torcidamente variar luego la orientación,—“el *des-hielo* de las asociaciones viejas y la *demolición* de los sistemas sobre ellas cimentados es un proceso que en algunos hombres dura meses y en otros dura años”—. Más adelante, no halla Cajal medio mejor que el de valerse de un símil para explicar la interesante disposición de las fibras que emanan de la protuberancia y que él llama trepadoras: —“Arribadas al nivel de los primeros *brazos* del citado *tronco* dendrítico—añade—descompónense en plexos paralelos, *serpenteantes*, que ascienden a lo largo de los *ramos* protoplasmáticos a cuyo contorno se aplican, al *modo de la hiedra o de las lianas al tallo de los árboles*”—. Repárese cómo, para describir detalles anatómicos de tal especie se usan imágenes varias con vocablos que les dan vida: *brazos de tronco*, cosas *serpenteantes que trepan*, *hiedra*, *lianas*... manejado todo con acierto singular y propiedad admirable.

Aun llegan a más las figuras de pensamiento en libros científicos que no son de vulgarización. Gerard al vestir la idea del sistema nervioso con una de ellas, lo hace así: —“Sometiendo el cuerpo a la acción de un baño enérgicamente ácido, al sacar de él su sistema nervioso retirando así el cerebro, el cerebelo, la médula y los pa-

res de nervios, el todo parecería *una cabeza de náyade que saliera del agua con sus cabellos colgando y chorreando*".

Además de la literatura científica didáctica, encastillada en la severa exposición de verdades o de cosas que parecen serlo, hay otra literatura científica que lleva también con justicia este apelativo y que, librándose de la rigidez del estilo sobrio, se permite con mayor holgura entregarse a la elegancia de la retórica que le facilita ropaje más vistoso. Es la literatura del libro científico popular; la de vulgarización. Fecunda la cultura común: se descalza el coturno y baja a vivir entre los no iniciados, o, ligera y alada, lleva muy lejos el polen de las ideas científicas. Tal literatura admite todas las ficciones del lenguaje, aun dentro mismo de una severidad que no excluye la elegancia; todo lo que fuera del terreno acotado por la ciencia pura puede ser útil a los sedientos del saber.

No ha de costarme mucho demostrároslo. Cuando vino a Madrid el célebre matemático Einstein, que ha transformado la mecánica del mundo con sus cálculos, nos ha hecho dudar del tiempo y enseñado que pesa la luz impalpable, me propuse oír sus cuatro conferencias anunciadas, espoleado como estaba por una curiosidad natural. Buen cuidado tuvo el conocido sabio en decirnos que la primera de ellas podría ser entendida por cualquier persona culta, que la segunda, quizás, pero que la tercera y la cuarta estarían sólo al alcance de los grandes y selectos iniciados. No pasé yo de la primera y fuí a pedir auxilio para entender novedades tales a algunas de las numerosas obras de vulgarización que por entonces intentaban hacer comprender al gran vulgo intelectual el embrollo einsteniano. Era la de Nordmann la más clara y gallardamente escrita. Permitidme citaros algunas de las primorosas imágenes con que en sus primeras páginas habla de las fórmulas inextricables del cálculo. Los que no hayan leído el libro podrán saborear la gentileza donosa con que presenta sus metáforas: —“*Monstruos aterradores hacen la guardia delante de Einstein y con horribles gestos defienden el acceso*. Se agitan detrás de extraños enrejados movibles, ya rectangulares ya curvilíneos, que se llaman *coordenadas*. Llevan nombres tan monstruosos como ellos: *vecto-*

*res, contravariantes y covariantes, tensores, escalares, determinantes, vectores ortogonales, símbolos de tres índices generalizados, ¡qué sé yo...!* Todos estos seres, sacados del fondo de la más salvaje selva matemática, se pegan o se separan en promiscuidad extraña, por medio de unas operaciones quirúrgicas que se dicen *integración y diferenciación*. En suma, si Einstein es un tesoro, aleja de él a los curiosos *un enorme tropel de reptiles matemáticos, que llevan en sí mismos cierta belleza como las gárgolas góticas.*—Decidme si se puede dar figuradamente mejor idea de la enmarañada y asustadora red que embaraza a los que no conocen el camino de las altísimas cimas, donde el cálculo llega a la metafísica y casi se confunde con ella.

Pero el gran maestro de la metáfora y del símil en la literatura científica fué Echegaray. Escribía yo estas líneas ha poco, de noche, en el mismo aposento que le vió dar su último suspiro a la muerte, y había instantes en que, en medio del silencio, parecíame que algo de él latía aún en la penumbra que rodeaba el círculo por el que se extendía la luz. De las páginas de un libro suyo, abierto a mi vista, creía ver salir corpóreas y vibrantes las hermosas imágenes que su fantasía creó. Leía yo en voz alta sus párrafos, y tuve que callar, advertido de que podía turbar el reposo de su sombra. Nunca me ha parecido estar más cerca de un espíritu.

Copié lo que podía servirme para mis fines aquí y lo trasladé a estos renglones, como prueba de que las figuras retóricas pueden vivificar el estilo, aunque se trate de ciencia. En sus entretenimientos admirables de vulgarización; en sus *Teorías modernas de la Física* y en su *Ciencia popular*, que tanto bien hicieron a la cultura, Echegaray derrochaba su ingenio. Poco a tal cosa parecido. Quería exponer la diferencia entre la ventruda y jadeante locomotora de vapor y la locomotora eléctrica y decía: —“La máquina no se basta a sí misma; necesita de un tender, es decir, un depósito de agua y de carbón. De modo que el motor lleva un peso muerto que es enorme. En cambio la locomotora eléctrica ya se dibuja con una sencillez admirable... Ni agua, ni carbón, ni fuego, ni bocanadas de vapor, ni torrentes de humo, ni ese rechinamien-



to constante del *mónstruo que se devora a sí mismo haciendo esfuerzos colosales, muchos de los que consume para destruirse a sí propio.*”—En cambio, seguía diciendo, la locomotora eléctrica —“...será una especie de complicación delicada y sutil, que *recordará algo del sistema nervioso de los animales.*”—Se refiere en otro lugar a la combustión del carbón y describe cómo el oxígeno se precipita sobre la hulla, y se pregunta: —“¿Por qué *amándose tanto, dormía aprisionada la hulla en las entrañas de la tierra, mientras vagaba el oxígeno por el espacio libre, buscando donde saciar sus ansias y sus atracciones?*”—Y cuando quería elevarse a lo más alto de la imagen científica y relataba la profunda impresión de un eclipse y el aspecto del Sol oculto por la Luna, decía: —“el Sol es negro, completamente negro; diríase que *una bala de cañón ha roto la cortina azul de los cielos*, y que divísanse del otro lado las negras profundidades del espacio en la plenitud de su épico horror.”—¿Para qué más...?

\* \* \*

Al llegar aquí necesito dar un cuarto de conversión al discurso y dejar pasar, pues tengo prisa en ello, unas cuantas consideraciones generales que creo convenientes.

Estudiando el Diccionario de una lengua, registrando sus muchas páginas a caza de palabras, sucédenos algo inesperado. Lejos de admirarnos de la pretendida riqueza de su léxico, echamos de ver su indudable penuria. La deficiencia es de todos los idiomas; hasta del nuestro, tan robusto, que vosotros, ilustres académicos, manejáis a diario con tino y maestría y hacéis aparecer, a pesar de todo, como rico y opulento, derrochador y generoso.

No hay que extrañarse. Al mismo latín, mina de donde hemos sacado tantos recursos, tenía Lucrecio por pobre, y eso que escribía *De rerum natura* en el siglo aquel de oro en que la lengua del Lacio se había elevado a lengua *bene temperata*, enaltecida por el sólido estilo ciceroniano, la fina elegancia de Catulo y de Ovidio,

la exquisitez de Terencio, el encanto de Virgilio y la gentil y mordaz donosura de nuestro Marcial. Relativamente pobre, es verdad, pero pobre al fin, y por eso la inutilidad de los esfuerzos que dedicó durante gran parte de su vida Catón para oponerse a la invasión del helenismo, y que éste venció al cabo, metiendo sutilmente un enjambre de voces griegas en el latín de los patricios romanos, como para justificar a Horacio cuando decía en su epístola II:—“*Graecia capta, ferum victorem cepit*”—“Cautivada Grecia cautivó al fiero vencedor.”—Mas... ¡si el griego mismo, con toda la opulencia de sus expansiones dialectales resultaba a veces pobre! Con referencia a Domingo Pezzi, en su *Introducción al estudio de la ciencia del lenguaje*, hace ver Egger que la voz *logos* utilizábanla los helenos para expresar la *palabra*, el *pensamiento*, la *razón*, el *discurso*, y por extensión *lo que se habla*. Así sale de apuros en ocasiones el espíritu de una lengua, bautizando con un solo vocablo varios conceptos.

No es difícil comprender que para remediar la penuria que en todos los léxicos reina se roben unas lenguas a otras y las vecinas se saqueen mutuamente, aunque en estos pillajes resulte siempre la más honrada la que es objeto de una depredación mayor. Muy singular es el que haya lenguas de tan noble abolengo que por ello mismo hayan sido pródigamente dadivosas y sigan todavía dejándose impunemente entrar a saco. Han sido madres de esclarecidas lenguas modernas, y, como madres, han resultado tan reciamente fecundas que, aun después de muertas, siguen pariendo en beneficio de sus hijas. Así el griego y el latín.

Verdaderamente nunca ni ahora, ha habido ni hay, idioma alguno capaz de bastarse a sí propio, ni de poseer las palabras necesarias para expresarlo todo. El entendimiento humano es enormemente elástico y se extiende a maravilla por los ámbitos del saber, cada vez más dilatados. Pero el hombre ha sido siempre más fácil en producir ideas y en descubrir hechos que en hallar voces con que designarlos. Los idiomas no pueden estirarse tanto como los pensamientos y los hallazgos, y por tal razón todos resultan cortos y estrechos de medida. La idea ha corrido siempre más depri-

sa que la palabra, y, cuando ha acertado a alcanzarla, la ha encontrado frecuentemente vestida con otra voz cualquiera de que el hombre ha echado mano para remediar la tardanza.

De ahí el uso desmedido, pero necesario, de los sinónimos, que no debieran existir como tales en una lengua bien construída, si en ella se hubiera logrado clavar para siempre cada vocablo sobre la misma idea, cual su única e inseparable expresión; y de ahí también los tropos, las alegorías y las imágenes con que el ingenio se dedica a suplir las deficiencias del lenguaje, que no ha llegado ni llegará jamás a ser justo, diáfano, perfecto, tan exacto como es la taquigrafía matemática, abreviada e irremplazable forma sublime del cálculo. De ahí también la paradoja de que la misma pobreza de una lengua, las deficiencias de su léxico, su falta de palabras para expresar a veces la idea o designar el hecho, sean causa de su hermosura.

Lo que se llama el arte de bien decir es un contrasentido, porque el decir bien sería llamar a toda cosa por su nombre legítimo y su representación natural, sin metonimias ni sinécdoques, catacresis ni metáforas, sin nada que vistiera el lenguaje con disfraces de fantasía y sin vocablos que vinieran de otras ideas; pero ¿habría alguien que se atreviera a llamar bello a tal lenguaje? No. Vestiría entonces el habla un traje uniforme y siempre gris; la Gramática sería una gramática seca y árida, se ajaría la elegancia de la retórica, y las bellas letras, privadas del colorido de sus imágenes, dejarían de llamarse bellas por no merecerlo. La rica orfebrería del lenguaje figurado, que hace al estilo movable y vistoso, unas veces de finura exquisita y otras de energía vigorosa, no existiría. Habrían desaparecido la palabra dorada, la frase bruñida y el período hecho a cincel; se haría monótono el decir, y el pensamiento, a fuerza de andar por el suelo, perdería sus alas. Por esa causa la literatura, a fin de remediar en ocasiones la penuria del idioma, disimula los defectos del ropaje con adornos que los oculten, y a los que la sutil habilidad del estilista y su exquisito gusto piden ayuda para darle al mismo tiempo esplendidez y lujo.

A eso se irá siempre, pues creer que en un día lejanísimo, completándose el idioma, han de ser inútiles las imágenes, es descontar puerilmente el porvenir. Y al que diga que la metáfora, v. gr., debe desaparecer con el tiempo, habrá que contestarle que no conoce la mecánica de las lenguas, la formación del léxico y la lógica del estilo. Lo mismo se decía no ha mucho de la forma poética, y el responso que se le preparaba ha quedado en suspenso; seguramente no habrá que rezarlo nunca. La forma poética, condenada por quienes no pudieron soportarla o no supieron qué hacer de ella, resistirá cuanto pueda resistir en el mundo al prosaísmo grosero. El verso rítmico y sonoro, tan antiguo como el hombre, obedeciendo a una ley fisiológica que le hace agradable y útil en virtud de la cadencia, por la que llega más fácilmente la idea al sensorio; el verso, de tan noble abolengo en la historia, será perdurable, inmortal.

La poesía en renglones cortos, marchando al compás del metro y al aire musical de la rima, continuará siendo hermoso encanto del oído y de aquellos rincones cerebrales donde anida la emoción. Muchas cosas habrán tenido que apagarse en el alma antes de que la poesía se extinga. Hay hombres que la hacen como el pájaro canta, y mientras los haya habrá poesía. ¿No decía Ovidio en una de sus *Elegías* que él practicaba lo mismo y que—“probando a escribir con palabras no sometidas al metro, acudía el verso espontáneamente, y cuanto intentaba escribir resultaba verso?”—“*Scribere conabar verba soluta modis—sponte sua, carmen numeros veniebat ad aptos—quod tentabam dicere, versus erat.*”

Y así como hay quien de este modo hace versos sin casi darse cuenta, hay quien usa imágenes en su estilo sin aparentar intentarlo. El mismo Remy de Gourmont, al poner en la picota a la retórica, diciendo de ella que es—“una de las tonterías que más han encantado a los hombres”, y añadiendo que es “algo tan ridículo como el guardainfante, la gorguera o el miriñaque”—, corría a renglón seguido desatadamente por el campo de las metáforas, que hay a montones en las páginas del mismo libro en que tan peregrinamente arremete contra ellas.—“El estilo, dice, es el *pudor*

del *pensamiento*.”—Así acaba el párrafo que le sirve para burlarse de la retórica. Es posible que Remy de Gourmont hiciera metáforas como aquel cómico personaje del teatro francés hablaba en prosa sin saberlo.

\* \* \*

Esto quiere decir que las figuras retóricas son necesarias a veces para dar forma al pensamiento. Aristóteles sostenía en el libro primero, capítulo primero de sus *Peri hermeneias*, que no podía haber palabra alguna ni modo alguno de hablar que diera el significado natural a las cosas, porque todos los vocablos son hijos de la ficción y hechos al antojo y voluntad de los humanos. Y a tal afirmación podía añadirse la de Egger de que todos los nombres hoy convencionales son antiguas metáforas, y todas las antiguas metáforas son antiguas onomatopeyas. Podría traer a colación multitud de opiniones, que omito para no engalanarme con una prenda de ropa literaria que se acomoda bien a todas las medidas, y es la erudición; pero no quiero escapar a la conveniencia de citar una de gran autoridad, la de Max Muller, el eminente filólogo, que dice: —“La metáfora ha sido en el origen de las lenguas uno de los más poderosos instrumentos de construcción...” La metáfora fué un rasgo característico de todo un período...” Ningún progreso era posible en la vida intelectual sin ella”.—Es verdad; las figuras retóricas han nacido con los primeros balbuceos de toda lengua. Metafórica y simbólica debió ser la algarabía de aquellos hombres que en Babel se dispersaron, aburridos de ver que no se entendían, y después de renunciar a subir hasta las nubes.

Allá donde vaya el estudio en busca del lenguaje antiguo o moderno, de pueblos atrasados o de pueblos privilegiados por su cultura, encontrará la metáfora y el símil. La que los griegos y romanos tenían por gotas escapadas de los pechos de la madre de los dioses aún seguimos nosotros llamándola “*vía láctea*”. ¿Por qué habríamos de burlarnos de los salvajes que la designan con el nom-

bre, no menos poético, de "*liana del cielo*", y señalan a la alegría con el de "*claro de luna del alma*"? La metáfora y el símil han acompañado a todas las producciones literarias del hombre, y han sido el reflejo del instinto estético que le ha dado medios para suplir deficiencias del idioma, y embellecerlo. Los pieles rojas gastan a diario el lenguaje figurado. La raza semítica adorna de continuo con él su pensamiento. Acudiendo a la metáfora y al símil es como un día pude entenderme mejor a través del intérprete con un exultán marroquí que pretendía no comprenderme de otro modo. La metáfora y el símil toman de cada pueblo y cada escritor su encarnación propia. En Homero fueron sobrias, varoniles y hermosamente enérgicas; parecía sonar en ellas el crujido de las armas troyanas, y llevar el resplandor del brillante escudo de Aquiles o el reflejo de los hermosos ojos claros de Pallas. En el *Cantar de los Cantares* son dulces y fragantes: huelen a cedros del Líbano y tienen el sabor de la miel o de la leche de las cabras apacentadas en la alta planicie de Ghil'ad. Las lenguas nuestras de ahora poseen la metáfora y el símil poliédricos, de innumerables facetas, como el conocimiento humano de los días presentes, variables y ágiles a cada paso, a menudo originales, siempre impresionantes.

Por eso echamos de ver que las figuras retóricas, y de ellas especialmente las más útiles y hermosas, la metáfora y el símil, han podido trepar y encaramarse a las cumbres de la literatura científica; verdad es que dejando en la subida algunas de sus galas para evitar estorbos y presentarse a hombres serios por oficio con simpática modestia. Pero aún se comprenderá esto mejor si se piensa en que la metáfora y el símil no han nacido sólo de la dura necesidad de remediar faltas de expresión, ni de la no menos dura de dar forma verbal a lo abstracto, sino también del deseo de hacerse comprender mejor por medio de comparaciones adecuadas; de una inclinación natural a prestar vida humana a cosas y animales; de la ironía, y del sentido estético, innato en todo hombre, cultivado o inculto, pues la metáfora y el símil crecen lo mismo en parques y jardines que en huertos humildes, y hasta en

páramos y eriales. Muy poderoso es para ello el cerebro humano de toda condición.

\* \* \*

Después de la necesidad de rellenar los huecos que en el lenguaje se producen por la falta de voces apropiadas a todas las ideas y las cosas, conviene apuntar lo que se refiere a la imposibilidad, o por lo menos a la dificultad que el hombre ha encontrado a fin de expresar con palabras las ideas abstractas.

Lo primero que se conoció fué el mundo exterior sensible, el único de que se pudo tener conocimiento a través de la estrecha rendija por la que llega a nuestros sentidos un corto número de vibraciones de las asombrosamente innumerables que constituyen el universo. El examen y conocimiento del mundo interior, el de la conciencia, del juicio, de la memoria, de los impulsos de la voluntad, el del alma, en fin, vino más tarde, y con él llegó un enjambre de ideas abstractas, a las que había de dar nombre y a las que no hubo más remedio que aplicar voces ya conocidas; las que venían de cosas exteriores, concretas, percibidas antes por los sentidos. Todos los idiomas fueron a sacar materiales de esta cantera.

El alma inmortal, el espíritu etéreo por el que somos y vivimos, ¿cómo habría de llamarse? Los griegos le dieron el nombre de *psique*, esto es, el *soplo*; así se llamaba también la mariposa, y también pudieron de ella los poetas hacer el símbolo de lo movible, alado y aéreo. Los romanos dijeron *ánima*, es decir *hálito* o *viento*, y *hálito* es lo último que se escapa del pulmón al irse la vida, y con ella el alma incorpórea. *Spiritus uno*, decía Ciceron, para decir "sin tomar aliento", y Horacio llamaba a los vientos del Norte "*animae Thraciae*." Así nacieron las expresiones figuradas de lo abstracto y así arraigaron las metáforas. ¿Qué más metáfora que la de llamar los egipcios al *pensar*, según hace notar Max Muller, *hablar con el corazón*, o los polinesios, *hablar con el*

*estómago?* En cambio, Platón, en plena florecencia de la cultura helénica, en su *Sofista*, decía del pensamiento que era—“*un diálogo interior y silencioso del alma consigo misma*”—. ¡Cuánta razón tenía el que dijo que por las metáforas se conoce el genio de los pueblos!

Y el ropaje verbal de las abstracciones ha hallado en el lenguaje científico la misma dificultad y el mismo remedio. Ha tenido que tomar de las palabras conocidas un préstamo necesario. El *éter*, que para los griegos, con Platón, era principio sutil, sutilísimo, más que el aire, sirvió admirablemente para dar nombre a una verdadera abstracción, substancia que se ha supuesto existir, sin que nadie la haya visto, palpado, pesado ni medido; disfrazada de incógnito con propiedades supuestas, y a la que la ciencia moderna está a punto de quitar la careta para que, a título de sombra impalpable e innecesaria, según algunos, pueda aventarla la Física matemática. El *flúido*, de cosa que corre, que fluye, venido directamente del Lacio, y con el cual se engalanó la corriente eléctrica fué necesario también. Ahora, ya está relegado al museo arqueológico de la ciencia donde se arrinconan las ficciones desusadas. Pero para llamar de algún modo a lo que a veces tenía por lo abstracto casi cualidad de metafísico, hubo precisión de buscar en el lenguaje ordinario algo con que vestirlo.

\* \* \*

Otra de las causas que dan pábulo, más que a la verdadera metáfora, al símil, es un deseo muy justificado que hay en el que escribe o habla de hacerse comprender bien. De eso nació la comparación, que se convirtió en el símil retórico. El que quiere darse a entender claramente tiene dos caminos por delante. Mi larga vida pedagógica me ha convencido de ello; o repetir el mismo concepto de diferente modo, con palabras nuevas, o buscar y hallar un segundo término ya más conocido para reflejarlo en el primero y para darle vida y luz. Comparando se enseña, ¿qué duda cabe?

Y cuando la similitud ha encontrado una superior forma de expresión, salida del arte y de la poesía, el símil no sólo enseña, sino que atrae y encanta.

Los antiguos poetas helenos, Hesiodo y Homero, abundan en comparaciones. La fuerza poética de la *Iliada* se la dan los símiles. Diómedes, al ver a Ares,—“*se estremece de horror, cual el viajero que ha recorrido la llanura inmensa se detiene y retrocede aterrado ante el ronco fragor del agua al llegar a la orilla de un río impetuoso que corre hacia el mar*”.—Eso es una comparación; un símil, como casi todas las hermosísimas imágenes que esmaltan las creaciones homéricas; y cuando la divina Here habla a Pallas y le dice que evite el que los griegos huyan a sus hogares con sus naves—“*sobre el amplio lomo del mar*”—, el gran poeta de los tiempos heroicos hace una metáfora; como es metáfora también, aquella que dice: —“*y el nervio de buey vibró con fuerza y la flecha aguzada salió deseosa de volar a través de la muchedumbre*”.

Realmente toda metáfora lleva dentro de sí una comparación visible o sobreentendida. En el primer caso, lo comparado sale ganando con tan útil compañía; en el segundo, figura que ha desaparecido, pero el adivinarlo hace la belleza metafórica. Cuando la comparación se supone porque no es muy apreciable, lo que ha servido para comparar resulta solo, aislado, claro y evidente, como una gala del lenguaje que no parece sobrepuesta a nada. Esa es la verdadera metáfora... La obra célebre de Corvisart sobre enfermedades del corazón, en las que era maestro, llevaba como lema una tomada de la Eneida: —“*Haeret latere laetalis arundo*”, “Lleva hundido en el costado el dardo mortal”.—Aquí no se ve ni el corazón ni sus dolencias, pero al leer la frase y traducirla se siente “el frío de un puñal en las entrañas”, como diría Bécquer; es decir, se adivinan la gravedad del mal que oculta el pecho y el pronóstico sombrío que ha de inspirar.

Enfrente de esta metáfora tomada de los clásicos puede presentarse el siguiente símil: Pasteur, el inmortal Pasteur, (que no sólo se han de llamar inmortales los poetas), absorto un día en la contemplación al microscopio de una diminuta gota de cultivo puro

del vibrión séptico responsable de tanta muerte en la antigua cirugía, al ver al microbio agitarse rápido ante su vista hundida en la profundidad de lo pequeño, únicamente encontró manera de expresar lo que observaba diciendo que el vibrión se movía—“deslizándose, flexuoso, por entre los glóbulos sanguíneos, apartándolos como *aparta la serpiente las yerbas al pasar por la maleza*”.—Feliz hallazgo de un símil que fortifica el hecho, le da relieve y, al hacerlo así, describe, explica y enseña. ¿Véis con qué justo título ocupa su sitio la figura retórica, escogida y apropiada, en la literatura científica?

\* \* \*

Punto interesante del origen de algunas imágenes es también el que voy a señalar ahora. ¿Por qué no hallamos otras palabras para los diferentes ruidos que hace el viento impetuoso más que las de *mugir, bramar y silbar*? ¿Por qué saludamos la aparición del sol en la línea lejana del horizonte diciendo que *nace* o que se *levanta*, y hablamos de la palmera que *sacude* su plumero aéreo, y de las lágrimas *amargas*, y de los rumores sordos como si tuvieran oídos y no oyeran? Por un afán del hombre en dotar a las cosas inanimadas de cualidades vitales o de atribuir, a todo lo que no es él, caracteres humanos; por un antropomorfismo sobradamente orgulloso, que le ha hecho creer que con sus atributos puede llenar el mundo entero. Y también, señores, (temo repetirlo), por la falta de palabras apropiadas; porque no tenemos las necesarias para aplicar al viento cuando produce ondulaciones sonoras; ni al árbol, con el que cometemos la falsedad de atribuirle movimientos espontáneos, visibles; ni a las lágrimas producidas por el dolor; ni al Sol, del que, si se ve todos los días el borde de su disco rojo después del alba en el confín del mar o en la cumbre del monte, es porque la tierra gira y no porque él *nazca* ni se *levante*. Se debe esto, sí, a la deficiencia del léxico que nos hace decir que el arroyo *salta y juguetea* por las piedras cual si fuera un niño, y que *murmura* a guisa de vieja maldiciente. Y como no podemos, (y lo diré

haciendo alusión a Daudet), casar a cada objeto con su palabra propia en matrimonio legítimo e indisoluble, unimos a ambos en amancebamiento, prestos a separarlos para buscar nuevo acomodo.

De este antropomorfismo no podían ser excepción las imágenes usadas en los escritos científicos. El ilustre ingeniero De Launay, profesor de la Escuela de Minas de París, en una obra reciente de Geología, dando alma humana a océanos y montañas, a modo de pesadilla sufrida, describe, como si lo viera, que al eco de las trompetas del Apocalipsis, *inclinaban sus cimas los Alpes y el Himalaya, abandonaban sus lechos los mares y países enteros poníanse en marcha pasando por encima de otros países*. Ostwald, el eminente químico, para decirnos, tal vez, que la letra impresa mantiene inmóvil siempre en el papel el espíritu del que escribió, sin que éste pueda responder ni añadir nada, se le ocurre exclamar: —“el libro es *paciente*”—, concediéndole una cualidad que, en el hombre, llega a veces a ser una virtud y otras pecado de mansedumbre poltrona.

Y Enrique Fabre, el octogenario venerable, que pasó toda su vida asomado a las madrigueras de los insectos y de ellos nos reveló secretos interesantes e historias que parecen inverosímiles; Fabre, sabio y poeta a la vez, ¿no apostrofaba a unos escorpiones, a los que después de haber estudiado pensaba soltar, y les decía: —“Uno de estos días os llevaré y os esparciré por vuestro territorio, en la ladera pedregosa donde calienta tanto el sol. *Allí encontraréis compañeros y aprenderéis mejor que aquí la ruda lucha por la existencia?*”

Ahora, decidme, ¿creéis utilizables las figuras retóricas que animan el estilo, metáforas o no metáforas, símiles o no símiles, pero imágenes al fin, en los escritos científicos? Al que diga que esto es solo literatura puede invitársele a recorrer con la vista los once volúmenes de los *Souvenirs entomologiques* de Fabre, obra colosal de la ciencia que ha hecho imperecedero el nombre del viejecillo que vivió y murió en la misma tierra donde cantó Mistral a Mireya, acompañado por las cigarras de Provenza. Allí podrá ver historia natural recogida al aire libre y llevada al laboratorio,

con el olor a cantueso y a tomillo; poesía científica, que en lo que tiene de bucólica, hace revivir a Virgilio.

El antropomorfismo o biomorfismo, o como queramos llamarle, porque no sólo extiende a lo inanimado las cualidades humanas sino hasta las que son propias de otros animales y de plantas, ha tomado en las ciencias carta de naturaleza. Nos hemos acostumbrado a ello de tal manera que no nos extraña decir y leer a cada paso que el organismo *sufre* la invasión de bacterias, y que ciertos elementos anatómicos *acuden* solícitos, llamados por una necesidad que hasta apellidamos *apetencia*, a *combatir* contra los *invasores*; y relatamos el proceso patológico como si fuéramos cronistas de guerras microscópicas, hablando de células que *devoran* y *son devoradas*, y de que nuestro cuerpo se *defiende* cuando es atacado y pone en pie cuantos recursos se sirvió la naturaleza darle, convirtiéndose de esta manera en escenario de luchas, al que transportamos nuestras propias pasiones de destrucción y de exterminio. Todos los libros de medicina y de biología están repletos de tal lenguaje figurado. ¿No es ello la aplicación de un antropomorfismo necesario por no tener léxico alguno que lo reemplace con la propiedad que fuera deseable?

\* \* \*

Pero ¡si hasta la ironía, que es frecuentemente causa u origen de las imágenes retóricas ha facilitado éstas en ocasiones, aunque raras, al escritor científico! El espíritu burlón que provoca la risa franca, tanto como la sonrisa apenas dibujada en los labios, o el mudo goce interno que sólo sabe asomarse maliciosamente a los ojos, es inherente al hombre, sobre todo a ciertos hombres que lo llevan como un marbete pegado a su carácter. Son los *eironentes* griegos de Laercio, nacidos para el chiste, sirviéndose de él a veces como de pluma, que al pasar suave produce sólo cosquilleo, y otras de aguijón punzante o de espuela necesaria para hacer andar bien a la moral que cojea.

Aristófanes, sin embargo, es difícil que suba a las regiones de la literatura científica, pero sí Quevedo o Villarroel. El gracejo selecto halla en el libro del hombre de ciencia sitio adecuado como vaya asistido de la discreción. Administrado sabiamente el humorismo es gala del ingenio y solaz del espíritu. Letamendi, hombre superior, de excepcional mérito contrastado únicamente con el talento de los que supieron entenderle, era maestro en tal arte. Tenía un escepticismo burlón que le hacía decir, por ejemplo, en alguno de sus libros, hablando de la *grippe*: —“El probable descubrimiento del microbio peculiar del trancazo tampoco tiene para los actuales tiempos importancia práctica de ningún género. Nos proporcionará el conocimiento de una especie más que unir a otros ciento y pico condenados a muerte, sí, *pero que esperan a que nazca la madre de su verdugo*”—Acaso dijera esto cuando escribía también: —“La salud, pues, en cuanto riqueza viva es un resultado integral, como lo es la riqueza en cuanto salud económica; *deparadle a Creso en sus bellos tiempos una dispepsia y se contemplará tan pobre como llegó a sentirse cuando vivía bajo el hidalgo trato de su vencedor Canbises*”.—Viene a mi memoria con esta aguda ironía una definición de autor desconocido: —“La salud es un *estado provisional e inestable que no presagia nada bueno*.”—Naturalmente, digo yo: como que la salud es cosa que está prendida con alfileres y tras de ella no puede venir más que la enfermedad o la muerte.

Pero estos juegos malabares con los vocablos y los conceptos, cuando se trata de cosas tan serias suelen tomar en alguna ocasión un tono macabro, con el que la socarronería hace mal en adornarse. Durante la epidemia de cólera que diezmaba al ejército francés de ocupación en Méjico, un zuavo llevó su gracia parisién hasta las puertas de un cementerio, donde escribió con tiza —“*Jardín de aclimatación*”.—La sal de la gracia resultó aquí mezclada con hiel.

Humorismo de mejor carácter es el que campea en unas cuantas palabras, que son tal vez sin querer la esencia epigramática de la teoría de la descendencia: —“*El hombre es un mono puesto en*

pie”—O el de aquel otro aforismo que se lee en el *Examen de ingenios* de nuestro Huarte célebre: —“*Crasus venter generat crasum intellectum*”.—Años después, en pleno siglo XVII, un médico francés, Gui Patin, conocido por sus cartas y su mordacidad, amigo de la Fronda y nada amigo, por consiguiente, del Cardenal Mazarino a quien había definido, “*Animal vorax et rubrum*”, decía de la Química de aquellos tiempos, y tenía entonces de ello razón: —“La Química es la moneda falsa de nuestro oficio”—. Con más fundamento ahora, al hablar el eminente Virchow del carbono, cual componente principal de las substancias orgánicas, vislumbraba quizás que había de llegar el número de sus compuestos, incluyendo a los sintéticos, a más de cien mil, y queriendo definir el grupo de átomos que debieron ser el punto de origen de la vida sobre el globo, encerraba su pensamiento en tres palabras, llamando a tal asociación—“*Carbono y compañía*”.—Gracia, concisión y verdad.

\* \* \*

Me acerco, señores, al punto en que ha de descansar vuestra atención benévola. Os lo digo con objeto de que os sirva de consuelo en esta molesta subida hacia el final. Fáltanme tan sólo unas cuantas palabras para rematar el boceto.

La pobreza relativa del léxico, la dificultad de hacer encajar la idea abstracta en el vocablo adecuado, el deseo de explicarse mejor, el antropomorfismo orgulloso, el gusto de la ironía, y, si queréis, algo más, que tal vez pudiera admitirse como origen de la metáfora y del símil, todo ello está bien; pero aún hay otra cosa superior en fuerza: el irresistible, innato e inconsciente impulso que lleva al hombre hacia lo bello. ¿Puede haber quien dude de que el tropo es un hermoso atavío del hablar en circunstancias en que hay que presentar de gala al estilo por requerirlo el sitio y la ocasión? Hágase la prueba. Escójase un símil, y aun sin escoger, tómese cualquiera, por ejemplo, uno de Bacon: —“Los hombres

grandes—decía—pueden compararse a gigantes sobre cuyos hombros cabalgan pigmeos que ven más lejos que ellos”.—Traduzcamos esta imagen acertada del progreso al lenguaje llano, al que corre al ras de tierra y gusta a los *beocios* (y perdóneme la Academia el sentido extensivo de tal vocablo): traduzcámosla y diremos: —“Por los conocimientos acumulados durante tantos siglos, los hombres de ahora, gracias a lo que hicieron los antiguos, saben más que ellos supieron”.—Que comparen ahora los que gusten de comparar. Una dueña en Quevedo dice: —“Somos como niñas de ojos, que siempre son niñas aunque tengan cien años”—y aquella otra de Cervantes en su *Celoso extremeño*: —“Corrimientos, trabajos, y desabrimientos echan un cero a los años, y a veces dos, según se les antoja”.—Sería lástima hacer bajar de la altura a estas imágenes para verlas marchar torpemente por el suelo.

La literatura científica tiene también figuras que se empañarían y desnaturalizarían al transformarse en frases corrientes y vulgares. No ganaría nada con ello la claridad. Cuando la cirugía de otros tiempos, en que no se conocían las maravillas de la asepsia, y el bisturí más experto no podía cargar con la responsabilidad de las víctimas que causaba la infección tan temida, porque el microbio, todavía entonces invisible y desconocido, acechaba siempre toda ocasión de matar, un eminente cirujano, Lancereaux, escribía:—“El pinchazo de una aguja es la puerta abierta a la muerte”.—Y cuando Fabre hablaba del encantador *Lampyrus noctiluca*, el gusanillo de luz que en noche estival brilla entre la yerba húmeda del ribazo, se le ocurría: —“Es una bestizuela, que para celebrar los pequeños goces de su vida, enciende un faro en el extremo de su vientre”—y al ocuparse de las orugas procesionarias: —“Jamás teoría griega alguna yendo a las fiestas de Eleusis pudo marchar en mayor orden”.—No creo que se lograra expresar con más finura, concisión y delicado relieve cosas que por su género parecerían lejos de toda belleza de estilo.

Es que la imaginación poderosa dada al hombre para volar, cuando se pone al servicio del lenguaje, hace prodigios. Cerrarle

el paso sería un delito de lesa estética. Y no cerrándosele se da ocasión al literato para que cumpla dos fines del arte de agradar. Muchos de los presentes, maestros todos del decir, me darán la razón. En la pintura exacta, el color manejado con acierto, el giro elegante y la comparación bien hallada se complace el autor. Antes que a nada atiende al natural deseo de recrearse en su obra; por eso la moldea y la retoca una y cien veces con el pensamiento, la acaricia amorosamente con la pluma y trata de embellecerla por la dulce satisfacción de haberla engendrado, y luego para dar gusto a los extraños. La madre que se embelesa con el recién nacido, goza por ser de ella, y si lo reputa hermoso, lo enseña después con orgullo. No recuerdo quién fué el que dijo que los gatos saltan y juegan sin parar mientes en las personas que los ven, y que los literatos pueden jugar con su estilo sin preocuparse de los que han de leerles o escucharles. No es verdad: hay eso y algo más. La palabra es un espejo donde se refleja el pensamiento para que él mismo se contemple, antes de que, cuando el cristal gire, puedan verlo los de fuera.

Lo que hay que desear es que el espejo no afee la imagen, como esos espejos curvos que la deforman, o que, aun siendo el espejo fiel, el pensamiento no ande torpe al trazarla. La retórica no tendrá la culpa, sino el cerebro, que no supo utilizarla. Para evitarlo están la delicadeza en el sentir y la maestría en el hacer, y, con ellas, cierto buen gusto que Dios prepara y que el estudio y el trabajo afinan.



CONTESTACIÓN

DE

DON MANUEL DE SANDOVAL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

SEÑORES ACADÉMICOS:

He aceptado sin vacilar el honroso encargo de llevar en esta solemnidad la voz de la Academia, por creer que siendo, como soy, el último de todos, y precisamente por serlo, vengo a demostrar que el Conde de Gimeno puede llegar aquí sin que nadie le presente ni le apadrine, y que sus méritos para ser tasados en todo su valor y en toda su magnitud reconocidos, no necesitan que la pericia los justiprecie ni la elocuencia los proclame. Por eso mi intervención en este acto debería reducirse a franquear al nuevo Académico las puertas de nuestra Casa, que al abrirse de par en par sin rechinar y sin crujir para acogerle y recibirle, han de hacer que encontréis desapacibles y redundantes mis palabras, que yo reemplazaría de buen grado por estos versos de Calderón, los cuales habían de servirme para expresar mi sincera gratitud, para encarecer mi profunda admiración, para alegar mi irremediable incompetencia y para justificar mi inhibición respetuosa:

“Tu favor reverencio;  
respóndate, retórico, el silencio;  
cuando tan torpe la razón se halla,  
mejor habla, señor, quien mejor calla”.

Pero como el silencio, por muy obligado y por muy retórico que fuera, podría pareceros descortés y antirreglamentario, será preciso que, ateniéndome, no a la necesidad sino a la costumbre, re-

trase por unos momentos, la solemne imposición de la medalla que desde hoy podrá lucir el Conde de Gimeno, para honra suya y para honra también de la Corporación que le ha elegido; medalla que tiene en los anales de nuestra Academia historial glorioso, y que será la cuarta de las que ha ido mereciendo y conquistando en el curso de su fecunda y laboriosa existencia. Cuádruple honor de que nadie más que él puede ufanarse entre los que hoy viven, y que, en tiempos que ya empiezan a parecernos lejanos, disfrutaron simultáneamente D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Francisco Silvela y D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Esa cuarta medalla, que parece corresponder a una cuarta dimensión espiritual, y que convierte a su afortunado y dignísimo poseedor de académico en *numismático*, podría ser comparada a un cuarto entorchado, que le eleva a una categoría excepcional y privilegiada entre aquellos pocos que, por ostentar el tercero, pueden titularse legítimamente Capitanes generales en el ejército del saber y de la cultura, cuya plana mayor, numerosa y brillantemente representada, acude hoy al estrado de esta Academia, para demostrar al Conde de Gimeno que considera como propio su triunfo, y para demostrarnos a todos que aprueba, ratifica y corrobora nuestro acierto con su presencia, con su adhesión y con su aplauso.

La índole peculiar y característica de cada una de las Corporaciones hermanas de la nuestra, a que el nuevo Académico pertenece, podría servirme de base, o a lo menos, de guía, para esbozar una clasificación de sus obras, si su crecidísimo número no me lo impidiese, y si la presencia de quienes son capaces de juzgarlas técnicamente no condenase por temerario mi intento de querer resumir y compendiar aquí lo que el Dr. Pulido, D. Amós Salvador y el propio antecesor del Conde de Gimeno en esta Academia, don Daniel de Cortázar, realizaron con autoridad y competencia en las de Medicina, de San Fernando y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; pero no quiero ni debo dejar de decir que si cada una de las mencionadas Instituciones podría recabar para sí la gloria de que uno de sus Individuos haya aumentado y enriquecido el acervo de la general cultura con sus estudios profesiona-

les, con sus monografías y disertaciones artísticas y con sus trabajos científicos de investigación, de polémica y de propaganda, haciendo así prácticamente una verdadera clasificación de sus obras, nuestra Academia, que por antonomasia se llama Española, también con justo título y sin lesionar ni desconocer ningún derecho, podría reivindicar lo que hay en ellas de genuinamente español, que es la lengua en que están escritas, lengua que su autor ha probado conocer y dominar, siguiendo y renovando el ejemplo de los escritores didácticos del siglo de oro, en el cual nadie creía que el estudio y el cultivo del patrio idioma fueran privilegio ni monopolio de los autores de libros de entretenimiento, como hoy creen o aparentan creer, los que para ellos reservan los títulos de literatos y de hablistas y en ellos pretenden vincular el derecho de aspirar a la suprema consagración que la investidura académica supone.

No lo entendió así el maestro de todos, Menéndez y Pelayo, que en su discurso de contestación a Barbieri afirmó resueltamente—que era como él afirmaba cuanto decía—que “la Academia Española no es solamente Academia de poetas, de dramaturgos y de novelistas, sino que ha de ser también Academia de escritores notables y señalados en cualquier ramo del humano saber, y dignos de servir de modelos de estilo didáctico, a la vez que doctos y capaces para acrisolar y depurar el tecnicismo de la ciencia o el arte que profesan, y ponerle al alcance del vulgo en las columnas del Diccionario. ¡Ojalá—añadía—abundasen entre nosotros los buenos prosistas didácticos, y no veríamos, como a cada paso los vemos, afeados torpemente nuestros libros de ciencia o de arte con un espeso matorral de locuciones bárbaras, de galicismos estridentes y de insufribles pedanterías”.

Todo el que haya leído, con la atención que merecen y con el detenimiento que exigen las obras del Conde de Gimeno, valiosas e importantes sin duda por lo mucho que sugieren y enseñan, pero dignas de alabanza también por su lenguaje y por su estilo, habrá recordado, como yo, que hay objetos tan primorosamente labrados, que con ser de oro, valen más que por su materia por su for-

ma, y habrá lamentado que las obras doctrinales, las conferencias de divulgación y las explicaciones de clase no fueran siempre, como las del nuevo Académico, sencillas, claras, persuasivas y amenas, para que llegasen a iluminar la inteligencia, cautivando la atención, despertando el interés y hechizando la voluntad, haciendo que los lectores, oyentes y discípulos se sintieran irresistiblemente atraídos y no desapaciblemente rechazados.

La lectura de estos libros, en los que, según acabo de decir, resplandece la suprema cualidad artística, que es el estilo, el cual, con su sello inconfundible y personalísimo, crea en favor de su autor un derecho de propiedad—no editorial, sino verdaderamente literaria—que jamás caduca ni prescribe, nos revela los rasgos característicos de su fisonomía, que aunque por todos pueden ser fácilmente identificados, sólo así llegarán a sernos íntimamente familiares, porque la llamarada de la notoriedad, como el fogonazo del magnesio, altera, contrae, exagera y abulta con el violento contraste de la luz y la sombra las facciones que el objetivo enfoca y que la placa reproduce, “dejando—según él mismo ha dicho—como fija y colgada en el aire la torpe mueca del gesto incumplido”, mientras que en la fotografía que se obtiene a la luz natural y con la exposición debida, el rostro aparece en su expresión habitual, que la instantánea no logra sorprender ni consiguen imaginar los que pretenden conocer a los hombres famosos, más por repetir mecánicamente sus nombres que por estudiar concienzudamente sus obras.

Digo esto porque el Conde de Gimeno, que ha triunfado en todos los campos en que ha combatido, y que puede contar sus intentos por sus victorias, es de aquellos que según decía elocuentemente Saavedra Fajardo, se ofrecieron a nuestra vista “colocados en los levantados orbes del poder y del mando”, y por consiguiente de aquellos a quienes el diplomático murciano comparaba con la luna en su *Empresa Censurae patet*.

Con ella los compararía yo también de buen grado, aunque por otros motivos y con muy diferente propósito, teniendo en cuenta que la luna, cuyos movimientos de traslación y de rotación coinci-

den exactamente en el tiempo y en el espacio, sólo por uno de sus hemisferios puede ser contemplada desde la tierra, y recordando que ya melancólicamente bañada por la luz cenicienta, ya intensamente bruñida por los rayos del sol, en las noches triunfales del plenilunio, ni los ojos ni la fantasía aciertan a descubrir en ella más que la hoz de plata que, según Víctor Hugo, el Divino Segador dejó olvidada entre las espigas de oro, o la enorme rodela ensangrentada que Don Quijote y Sancho vieron surgir y remontarse sobre la amplitud del *manchego horizonte*, como embrazada y sostenida por un ser invisible en la inmensidad de los cielos.

Los que sólo son capaces de comprender y de practicar la que pudiéramos llamar *astronomía de tejas abajo*, aquellos para quienes la notoriedad más bien sirve para olvidar que para descubrir las excelencias y las cualidades ajenas, se obstinan en desconocer que existe otra astronomía, más elevada, más completa y hasta me atrevo a decir que más equitativa, la cual nos enseña que la luna refleja también la luz del sol en el hemisferio que perpetuamente nos esconde, y que en él se suceden las mismas fases que en el que mira hacia la tierra, aunque ésta no recorte su disco, enviándole su luz cenicienta, ni pueda eclipsarla, total ni parcialmente, cuando entre ella y el sol se interpone, que es precisamente—y aquí vuelve a hablar de nuevo Saavedra Fajardo—“cuando todos alzan los ojos a notalla, porque, aun antes de que suceda, está prevenida la curiosidad, que le tiene medidos los pasos, grado a grado y minuto a minuto”.

Y dicho esto, me parece obligada la siguiente pregunta: ¿A quién, mejor que a estas Corporaciones, que tienen el derecho y hasta el deber de distinguir la realidad de la apariencia, el mérito de la notoriedad y la gloria de la fama, compete e incumbe la demostración teórica y la práctica aplicación de estas verdades, que serán todo lo evidentes que se quiera, pero que no están lo suficientemente difundidas para que siempre y en todos los casos podamos juzgar, no a los astros, sino a los hombres, en la integridad de sus facultades, en la complejidad de su espíritu y en el pleno desenvolvimiento de su actuación, de su personalidad y de su vida.

para descubrir lo que unos cándidamente ignoran, para afirmar lo que otros maliciosamente niegan, y para incorporar a la obra colectiva, incesante y fecunda, que han de realizar para cumplir con su instituto, la aptitud que antes se manifestó en el trabajo individual y en el esfuerzo aislado, y que después, no ellas, sino la patria entera, disfruta, recoge y utiliza?

No necesito decir que el Conde de Gimeno la honró siempre, como sólo pueden honrarla sus hijos predilectos y esclarecidos, ya haciendo que el nombre de España fuese pronunciado con veneración en el Extranjero, al citar con elogio su propio nombre, ya representándola dignamente en varias Asambleas científicas, en las que demostró que podía hombrearse con los más famosos investigadores y publicistas de Europa y de América; ya consiguiendo que la Sociedad de las Naciones aceptase como oficial su idioma, y pronunciando en castellano ante el Congreso de Ginebra el más elocuente, el más patriótico y el más eficaz de sus discursos.

Algunos de los méritos a que primeramente me he referido en el párrafo anterior, habían sido ya de antiguo reconocidos y premiados, el que he recordado últimamente bastaría a justificar su ingreso en la Real Academia Española.

Cuando el capellán de la princesa Isabel de Castilla, Alonso de Coca, la informó confidencialmente de las cualidades de los que aspiraban a su mano, dijo, refiriéndose a D. Fernando de Aragón, que era “hombre muy dispuesto para hacer todo aquello que hacer quisiese”. Así el nuevo Académico, en vez de verse obligado como la mayoría de los hombres, a reducir su horizonte racional para encerrarle en los límites siempre estrechos de su horizonte sensible, ha dilatado su horizonte sensible hasta hacerle coincidir con el racional, llegando a ser de aquellos a quienes alababa Gracián como *hombres de todas horas*, porque saben “que no se estorban unas a otras las noticias, ni se contradicen los gustos, que todo cabe en su centro, y que para todo hay sazón”, y no de aquellos a quienes llama “Sísifos de la conversación, porque apedrean con un tema”, ni de los que se muestran “tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmien-

ten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto, porque en unos puntos discurren que vuelan y en otros ni perciben ni se mueven”.

Así, dominando sus facultades, en vez de dejarse arrastrar por ellas, aunque obligado por su profesión a luchar con la enfermedad, con el dolor y con las lacerias humanas, desde muy joven respondió fielmente a la imperiosa vocación artística y literaria que le solicitaba y atraía, y demostró en sus primeras obras, que son las tituladas *Un habitante de la sangre* y *La estética en las ciencias médicas*, que la verdad y la belleza deben unirse como hermanas, en lugar de repelerse como enemigas.

En esto no hizo otra cosa que continuar la tradición de la tierra que le vió nacer, y muy especialmente de la ciudad gloriosa que le cuenta entre sus hijos adoptivos, y en la que se formaron su carácter y su espíritu, donde más de tres siglos antes el insigne Luis Vives había censurado el estilo bronco y desapacible de los escolásticos diciendo: “Dios cubrió el mundo de flores, y vosotros le habéis llenado de potros para desconjuntar el entendimiento humano”, y donde tantos y tantos hombres ilustres, con la paleta o con el cincel, con las notas o con la pluma, exaltaron o habían de exaltar la magia del color y de la luz, el prestigio de la forma, el atractivo de la gracia, el poder de la elocuencia y el encanto de la armonía, oponiendo triunfalmente la eurytmia y la claridad mediterráneas a la imprecisa y soñolienta vaguedad de las sombras y de las nieblas.

La hermosura de la región valenciana, en la que la tierra es roja, azul el mar y transparente el cielo, le hizo avalorar sus obras con imágenes, figuras, metáforas y comparaciones dignas de competir con las que acaba de citar en su magistral disertación; pero su nativo buen gusto le hizo también conocer desde luego qué clase de atavíos admiten los libros científicos y cuáles rechazan. Por eso no fué nunca un hombre de ciencia que pidiese prestadas a la literatura las galas con que había de adornar sus escritos, sino que, hombre de ciencia y literato a la vez, en lugar de recargar sus obras con flores contrahechas, supo hacer que las naturales

brotasen espontáneas de su fondo. Y venció en todos los géneros didácticos, pero venció esgrimiendo las armas propias y utilizando los elementos de combate que la índole de la lucha exige y ofrece, y consiguió animar y esclarecer sus obras con el resplandor sereno de la belleza intelectual, que ha de ser más semejante a la luz blanca que ilumina los seres y las cosas, haciendo brillar intensamente sus propios colores, que a la que, descomponiéndose en el prisma encubre y disfraza su verdadera tonalidad al tender y desplegar sobre ellos las franjas del iris con que los tiñe y los matiza. Esto para mí es una verdad indiscutible, pero también lo es que cuando en la luz, que necesita ser íntegra para ser blanca, falta alguno de los colores elementales, esa falta la advertimos, más que en el mismo espectro, cuyas bandas se confunden al esfumarse, en la creciente fatiga de nuestros ojos, obligados a realizar un penoso esfuerzo de acomodación, que podría evitarse si la luz fuera íntegramente blanca, según antes decía, o, como ahora digo de otro modo, si los autores de los libros que leemos fueran verdaderamente literatos.

Que el Conde de Gimeno lo es, y no accidental y superficialmente, por uno de esos casos de *mimetismo*, hoy tan frecuentes, es una verdad que, mucho antes que la Academia, reconocieron y proclamaron cuantos supieron ver con claridad y juzgar con independencia. Así D. Ramón de Campoamor, honra de esta Casa y gloria de España entera, que, como es sabido fué extremadamente celoso de su prestigio y de su fama, cuando el editor de la *Biblioteca Universal*, que se publicaba en Valencia, quiso reproducir en dos de sus volúmenes *Los pequeños poemas* del maestro, éste accedió a ello con la precisa condición de que el Dr. Gimeno, entonces Catedrático en aquella Universidad, escribiese el prólogo. Y el prólogo se escribió, y la obra del sutil y delicadísimo poeta, más fácil de ser admirada en su conjunto que de ser analizada en su complejidad, fué profundamente comprendida y magistralmente interpretada, de tal modo que entre los muchos estudios que acerca de Campoamor se han publicado, me atrevo a decir que pocos le igualan, y que ninguno le supera.

Años más tarde, cuando leyó ante la Academia de Medicina su discurso de entrada, *La lucha contra la vejez*, que tan honda y persistente impresión produjo, el gran orador D. Alejandro Pidal, que era entonces Director de la nuestra, le felicitó diciéndole que aquel trabajo había de servirle también para *entrar* en la Real Academia Española.

Tal vez la obra admirable a que me refiero sea la que merezca el primer lugar entre las muchas que ha escrito y publicado, por ser la más completa, la más original, la más consoladora y la más atrayente de todas.

En ella se desenvuelve con insuperable maestría una idea generosa y fecunda, que ha llegado a ser como el núcleo en derredor del cual se ha condensado, para formar un verdadero sistema, la materia cósmica que en estado embrionario había aparecido en otros trabajos de su autor.

Hay en las obras literarias y artísticas una cualidad semejante a la orientación en los edificios que nada tiene que ver con su solidez, con su suntuosidad, ni con su arquitectura, pero que influye poderosamente en la salud, en el bienestar y hasta en el carácter de los que habitan en ellos. Y de esta obra excepcional pudiera decirse que es como una vivienda sana y acogedora que mira puntualmente al mediodía, para que el sol, al caer casi a plomo en el verano, se deslice y resbale por su fachada, y en el invierno, al heirla casi de frente, penetre en sus estancias y las inunde con su luz, con su calor y con su alegría. Un escritor menos optimista, menos convencido y hasta menos hábil, hubiera caído en la vulgar tentación de hacer que esta obra estuviera iluminada por la luz de poniente, pero nuestro autor que pretende luchar y que luchemos todos contra la vejez y contra la decrepitud cuando aun no somos sus víctimas ni sus prisioneros, no ha querido que los oblicuos rayos del sol moribundo tengan para él ni para nosotros la crueldad de la amenaza, la melancolía del recuerdo ni la tristeza de la despedida.

Han transcurrido diez y siete años desde que ese discurso fué leído, y durante ellos el Conde de Gimeno, que ya en él nos conven-

ció con su doctrina y nos persuadió con su elocuencia, no ha cesado de *predicar con el ejemplo*, para demostrar que así como logró eximirse de la dura ley de la división del trabajo, aplicada como hoy se aplica, y cuyo inexorable rigor convierte al hombre en máquina y a la máquina en rueda, ha logrado eludir otra ley aun más dura: la de la caducidad de nuestra vida, y ha tenido a la vez fuerza y maña para invertir el simbólico reloj del viejo Cronos, haciendo que la arena empiece a caer de nuevo, grano a grano, con ritmo igual, cadencioso e inalterable.

Sus obras y sus pensamientos, sus acciones y sus palabras, revelan un equilibrio tan perfecto en sus facultades que a veces he llegado a sospechar que disfruta de un privilegio semejante al que Apolo concedió a Deitobia, aunque más cauto y más dichoso que la imprudente y desengañada Sibila, no sólo pidió y obtuvo el don de la vida dilatada, sino el de la juventud inextinguible.

Nadie podría explicarse de otro modo, que para corresponder a nuestra cariñosa impaciencia, haya escrito en pocos días, y casi en pocas horas, el magnífico discurso que habéis escuchado y aplaudido; que siga ejerciendo su profesión con la asiduidad, el entusiasmo y la competencia de siempre; que prepare y componga sin cesar obras de todas clases; que pronuncie constantemente disertaciones y conferencias, cautivando a todos los públicos, y agotando todos los temas; que su firma siga apareciendo con frecuencia al pie de artículos y monografías en periódicos diarios y en revistas profesionales; que concurra asiduamente a las juntas de las Corporaciones a que pertenece, y redacte para ellas informes y dictámenes, y que haya aprendido recientemente la lengua inglesa, la única que no le era familiar entre las principales de Europa, y cuyo estudio emprendió años después de haber sido jubilado como catedrático, para probar que aun está lejano el día en que se ha de jubilar como estudiante.

Como catedrático y como estudiante a la par, o sea, uniendo la incommovible solidez de los principios científicamente adquiridos y la audacia fecunda del pensamiento constantemente renovado, ha compuesto su discurso de entrada, cuyo tema responde a lo que

siempre ha creído y a lo que nunca ha dejado de practicar. No he de intentar seguirle ni comentarle; sólo diré que por haber venido a satisfacer una aspiración manifestada aquí en ocasión solemne por el ilustre Ingeniero y Académico D. Pedro Novo y F. Chicarro, podría titularse dignamente: *Discurso de las Ciencias y las Letras*.

¡Bien venido sea el Conde de Gimeno a esta Academia que tanto espera y se promete de su prodigiosa actividad, de su privilegiada inteligencia y de su inagotable cultura, y en la cual acaso pueda enseñarnos con su ejemplo, que todos quisiéramos imitar y seguir, a cambiar por una longevidad efectiva la codiciada *inmortalidad* de que sólo nominalmente disfrutamos.

---

